



KARMA DESDE EL MAR

Patricia Vilches



DOCUMENTAS / *Literatura*

Indice

<i>El vaso de whisky</i>	9
<i>A pies juntillas</i>	23
<i>Una historia en la historia</i>	25
<i>La búsqueda</i>	51
<i>Imagina que me quieres</i>	67
<i>El miedo, el Karma, y otras cosas</i>	81
<i>Para cuando te acuerdes de mí</i>	93
<i>Epitafio</i>	97
<i>Niñas y mujeres</i>	101
<i>El hombre y el gato</i>	151
<i>La esperanza se hizo de hacha</i>	155
<i>La pirámide de naipes de Apasionada</i>	173
<i>Los invencibles</i>	197
<i>Farewell</i>	201

La pirámide de naipes de Apasionada

¡LAS COSAS que le sucedían a Apasionada! Había construido una pirámide de naipes durante aquel verano en que le cambió tanto la vida. Una torre que la había llevado a recordar a Beatriz, la comedora de corazones.

La construcción se había convertido en un gran proyecto en la mente de Apasionada, puesto que soñaba con edificar una torre de esas que solamente se encuentran en el museo del palacio del Misterio de las Herramientas. Lo irónico era que la construcción de pirámides de naipes siempre había sido un laberinto para la Rea-Dueña, puesto que sus manos parecían incapaces de poder terminar ninguna torre de naipes. Al principio de su vida de constructora, Apasionada no se daba cuenta de su incapacidad, pero, a medida que pasaban los períodos de exhibiciones en su reino fabricante de pirámides, había empezado a cuestionar sus habilidades. Ya, cuando le fallaban las manos, muchas veces ella se había instalado en el exterior de las tiendas del Palacio del Misterio de las Herramientas para observar a las personas que se especializaban en este tipo de juegos humanos, en donde se puede tanto perder como ganar, pero nunca empatar.

Apasionada había pasado muchas horas mirando a los peritos del Palacio barajar muchos naipes al mismo tiempo, con una destreza, agilidad, y donaire que la hacían tiritar de resentimiento, envidia y resquemor —esta parte le costaba admitir, es decir, el hecho de que el construir pirámides con los naipes se pudiera ejecutar tan fácilmente por manos de otros, cuando a Apasionada los naipes como que se le despedazaban en las manos cuando apenas los tocaba— o así le parecía a ella. Después de los resultados desastrosos de aquel verano, que por fuerza tuvo que llegar, Apasionada llegó a pensar que quizás en la Central de Herramientas hubiesen decidido el no darle la capacidad de aprender a utilizar las cartas de azar bien, de aprender a colocarlas bien, de aprender a construir con ellas bien. En realidad, sus pensamientos al considerar una posible construcción siempre eran como llevados por la ráfaga de viento de sus pasiones, la cual no le permitía accionar bien con las manos. Era como si ella estuviese en una *bufera* infernal, y sus emociones le condujesen la vida. Las deliberaciones de Apasionada en estos asuntos de la construcción eran siempre las mismas, y éstas se introducían en un círculo de ir y venir que parecía no darle una solución a las quejas de Atolondrada.

—Siempre parece haber algo que me impide hacer bien la base de una torre, pero si sigo construyendo se pondrá mejor, yo creo. Yo siempre miro para allá, miro para acá, miro para adelante, miro para atrás y todos en el reino parecen ser mejores con los naipes que yo. Debería sentirme feliz que la mayoría pueda elevar tantas torres con los naipes, pero, ¿y por qué yo no puedo? Quizás si me pongo a mirar fijamente podré entenderlo, si alguien me ayudase... sí, sí, necesito ayuda para cons-

truir, ¡ayúdenme a levantar esto, por favor, ayúdenme! ¿es que no hay nadie por ahí? ¡Ah, qué bueno! encontré a alguien que me pueda levantar la tensión de esta torre que ya se está poniendo infernal. Esta persona me ayudará, ¿no? Es que tengo que creer en Schopenhauer y lograr lo que quiero y decir que sí puedo, que puedo. Pero los naipes se me escapan de las manos y no sé qué hacer.

A través de los años, la comunidad de naipes asignados a ser reos de Apasionada esbozaba una lastimosa media sonrisa al oír sus quejumbrosas palabras, ya que sabían de antemano los resultados: ellos se iban a tener que dar un tremendo costalazo. Era ya una tradición el que se preparase toda la comunidad de cartas de azar para los desastres que provocaba la Rea-Dueña. La comunidad la amaba —como era el deber de súbditos al servicio del reino— pero se sentían molestos de no poder todavía formar parte de una torre, aunque fuese la más pequeñita del reino. Quizás los naipes le transmitían a la Rea-Dueña su ansiedad de pertenecer, como los otros, a alguna pirámide estable y sólida.

¡Había habido tristes momentos en la comunidad de naipes de Apasionada! Durante estos muchos tiempos turbulentos, en los cuales se habían ocupado todos los naipes de las reservas para que la Soñadora construyese una torre, muchas cartas de azar habían perecido bajo la fuerza arrolladora y errónea de las construcciones de Atolondrada. Pero, aun así, todavía existía el vigor de muchos naipes, los cuales se reproducían poco a poco, permitiendo que Apasionada siguiese haciendo de las suyas y botase más pirámides con sus descontroladas pasiones. ¡Eran tantas las pirámides que se le

habían caído a Apasionada! sin embargo, de alguna manera la comunidad de naipes se regeneraba y regresaba a ponerse al servicio de las manos de Apasionada. La regeneración de su comunidad tenía un número limitado, pero ella actuaba siempre con impulsos nietzschianos, como si este impedimento no existiese y como si el permiso de seguir adelante cometiendo desastres con sus manos nerviosas no fuese notado en la Central de Edificaciones de Pirámides.

Pero aquel verano... aquel verano la cosa fue diferente, puesto que la comunicación entre los naipes y Apasionada no se había efectuado de buena manera, ya que Naipe Mayor se puso motas de algodón en los oídos para no enterarse de lo que podría ser capaz Apasionada. Él siempre se mantenía a la retaguardia de las apasionadas-atolondradas explosiones de la Soñadora, pero aquel verano... ¿por qué Mayor no escuchó los sonidos del corazón de Apasionada? Eran rumores que no dejaban duda de lo que sucedería, de la tragedia que llegaría tarde o temprano, ¿por qué escogió hacerse el sordo? Aquel verano...

Una vez que Naipe Mayor recibió el memo enviado desde el palacio del Misterio de las Herramientas, convocó a una reunión de urgencia de la comunidad de naipes, pero era ya muy tarde. Mayor era el director de las construcciones piramídicas de Apasionada y por primera vez se había dado cuenta demasiado tarde del peligro que corrían en la comunidad al servicio de Apasionada. Estaban todos los naipes en una sala especial que la gente del Palacio había construido para casos de emergencia, como el que había provocado aquel verano... se hablaba de estrategias de emergencia, de drásti-

cas medidas... Naípe Mayor había evidenciado las señales ya tan conocidas y después de dar su punto de vista a la asamblea, se había retirado temprano de la reunión. Un poco después, había empezado a caminar con paso inseguro hacia su cámara privada, la cual compartía con la Cuina, su compañera de por vida. Temía darle la mala noticia.

—¡Por la maldita puta que te parió! Ahora sí que se va a armar la grande. ¿Qué pensará de mí la comunidad? ¿Que cerré los ojos para no ver lo que pasaba? Más encima, todavía nos estamos recuperando de la última caída que tuvimos no hace mucho tiempo. Yo no sé a quién se le ocurre andar por la vida construyendo pirámides que no tienen ninguna base. Cuando le cuente a la Cuina se va a poner muy molesta. Sobre todo porque nuestro porvenir conyugal peligra con las peligrosas pirámides que constantemente construye y destruye nuestra Rea-Dueña... ¿Qué tendrá en sus manos? quizás algún poder negativo para destruir lo que construye. Tengo miedo que la Cuina se me vaya a morir en este nuevo intento de Atolondrada. Más encima, muchas de las cañerías de la comunidad permanecen todavía rotas y desangradas desde la última vez que nos fuimos al suelo todos. Y, todavía estamos sin agua en algunas partes, lo que ha causado la baja de muchas vidas. Perdimos a muchos compatriotas naipes, y estamos funcionando casi exclusivamente con naipes extranjeros, de emergencia. A ellos no los conocemos a fondo, son fuerzas foráneas que están ahí porque Apasionada está obstinada en seguir construyendo pirámides sin una base sólida. En ellos no se puede confiar, puesto que si lo peor ocurriese, ellos no tendrían nada que perder y dejarían el barco como las ratas.

Naípe Mayor llegó cabizbajo a su sección de la comunidad de naipes. La Cuina le abrió unas hojas de cartas menores que hacían de puerta. La primera mirada a su naípe gemelo le hizo sospechar que algo no andaba bien. La única cosa que le quedaba por hacer era preguntarle, pero tenía miedo. No quería que Naípe Mayor le dijese que Apasionada había decidido formar otra pirámide. Esta desazón le provocó unos escalofríos que la hacían moverse como se mueven las cartas de azar cuando alguien las sopla demasiado fuerte. Se mueven en ritmos acordeónicos y emiten un silbido un poco extraño... un silbido que presagia algo malo, sin duda.

La Cuina sentía una adoración inconmesurable por su esposo, sentía un respeto y un amor sin igual por él. Después de todo, ellos habían sido casados con todos los ritos de la fe del Palacio del Misterio de las Herramientas que profesaban, aunque Apasionada les hubiese impedido el gozo de una vida naiperil muy reposada. Muchas veces —mientras menos lo esperaban— Naípe Mayor, la Cuina, y toda la comunidad en general, tenían que asirse de las barras de la débil base que Apasionada creaba constantemente, para no caer al abismo del infierno del Palacio. Pero éste no era el único peligro que acechaba a las cartas de azar, ya que la Cuina había visto a muchos naipes anegarse en el mar de lágrimas que Apasionada formaba cuando se le escapaban de las manos sus construcciones. El resto de los naipes muchas veces lucían histéricos, como llorando por su destino ya sabido. La desgracia de la Rea-Dueña llegaba a todos los lugares más reconditos de su comunidad, aunque ella no lo sospechase.

—No te van a gustar las noticias, mi Cuina querida. Pero... tú ya te puedes imaginar lo que ha sucedido...

—Apasionada ha comenzado a construir una pirámide demasiado majestuosa para la capacidad de nuestra comunidad.

—Ojalá te pudiese mentir, mi reina. Dicen que la vieron con los ojos muy abiertos, pero construyendo la pirámide como una ciega. Hoy día me llegó un memo del palacio de gobierno, y antes de llegar a casa, me vi en la obligación de dar la alerta roja a la comunidad. No quise que todos supiesen el estado realmente alarmante de la situación, puesto que no quería que toda la comunidad entrase en estado de pánico. Pero, esta noche voy a tener que dar una conferencia de prensa y confesar que la situación se presenta catastrófica, muy mala. El problema es que no nos queda casi ninguna carta de azar que sea verdaderamente capaz de reforzar el territorio de Apasionada, fuera de las Armas Mixtas que en un sentido maquiavélico no funcionan. ¡Oh, mi Cuinita! me toca el amargo papel de darle la noticia a nuestra Rea-Dueña, quien permanece en la más obscecada ignorancia. Esta sí que va a ser grande, te lo digo mi Cuinita adorada.

La Cuina se acercó y tocó con su propia hoja la hoja de Naípe Mayor. Empezó a mirar cada línea de su naípe adorado. A él lo habían dibujado un poco irregular, pero bellamente. Quizás la persona que lo hizo se preocupó mucho de los detalles que habían creado a Naípe Mayor, puesto que había resultado una potente combinación. Tenía unos ojos azules tan bellos, que irradiaban benevolencia y confianza. Lamentablemente, a él no se le podía decir lo hermoso que aquéllos eran,

puesto que ese tipo de comentario le traía malos recuerdos a Mayorcito, el nombre cariñoso por el cual lo llamaba su Cuina adorada. Según Naípe Mayor, alguien que lo había traicionado profundamente en otra comunidad le decía siempre “qué hermosos ojos azules tienes, Naípe Mayor”. ¿Cuál era el secreto de aquella traición? ¿Se había dado cuenta Mayor que había roto una vida al dársele la oportunidad de engendrar otra? ¿Es verdaderamente una traición el permitir que una persona logre la felicidad de crear nueva vida? Mayor, Mayor, piensa un poco y perdona.

En ese preciso momento Mayor miró a esos otros ojos divinos y se decidió a decirle a su Cuina que estaba positivamente seguro que esta pirámide de Apasionada sería la final, la que los separaría para siempre, la que los llevaría al abismo de una *bufera* infernal.

—¡Oh, Mayorcito! ¡No me digas que Apasionada ha empezado a construir sin los recursos necesarios! Ni siquiera le alcanzan los medios necesarios para hacer la base de la construcción. Pero, si no puede hacer los fundamentos, entonces se va a dar cuenta que es imposible hacerlo y va a dejar a la comunidad de naipes en paz.

Naípe Mayor miró a la Cuina y dejó para sí el hecho de que Apasionada había ya empezado a hacer la trágica pirámide sin base, durante aquel verano... Esta última construcción había sido así, sin nada que protegiese a los naipes de la destrucción que recibieron, puesto que se les había terminado el poder regenerativo. Esta última torre había significado la despedida de una comunidad que trató con tanto ahínco el poder erigir una pirámide para su Rea-Dueña ¿Por qué eres así Apasiona-

da? ¿por qué no puedes ver lo que estás haciendo? ¿Habrás nacido con algo que no funciona bien en tus manos? Yo sé que ella siente angustia e impotencia de no poder terminar una pirámide. La he visto muchas veces mirando lánguidamente a parejas que logran llegar al final de una torre fenomenal. Sobre todo, ahora le ha empezado a afectar mucho cuando las personas pueden poner el último naipe de una pirámide.

Naipe Mayor y la Cuina le repetían tantas veces a Atolondrada que tuviese cuidado e hiciese bien los cálculos de sus construcciones. Oye, Apasionada, míranos a nosotros. Aquí estamos dispuestos a ayudarte. Pero, danos tiempo, necesitamos tiempo para reponernos de la última caída. Tenemos que analizar todas las razones por las cuales no puedes construir sola, quizás te podamos dar algunos consejos... no sé, con algún movimiento de nuestros endebles cuerpos te podemos dar a entender algunas cosas.

Durante todo su gobierno de Rea-Dueña de la comunidad de Naipe Mayor, Apasionada buscaba y buscaba ayuda para construir una pirámide de naipes. Se daba vueltas en las noches cálidas y turbulentas, pensando en las razones por las cuales se le habían caído todas sus construcciones. Claro que ella no pensaba —como sus naipes— en el hecho de que había empleado la peor forma para construir, puesto que había crecido con la convicción que las construcciones tenían que erigirse como por sí solas, casi sin que ella misma se diese cuenta de cómo se elevaban y se mantenían. Pero, Apasionada, ¿quién crees tú que les iba a dar el agua?

Apasionada hacía morir a sus naipes por muchas razones, pero una de las más agudas era que nunca había dejado otras torres auxiliares que la pudiesen mantener sana y salva en caso de una catástrofe. Las excusas para las edificaciones auxiliares eran un tanto contradictorias, puesto que éstas mismas le impedían ver más allá de una mera torrecita. Apasionada había pensado siempre que su misión era la de edificar algo perfecto, pero ahora estaba llegando a pensar que era simplemente incapaz de hacerlo, claro que antes de aquel verano. En ese entonces, percibiendo este gran reconocimiento, Apasionada construía más de una torre a la vez, “por si acaso”, decía ella. El único problema era que sus ideas estaban erróneas, puesto que el querer intentar tener más de una torre la estaba carcomiendo por dentro... poco a poco las bases de todos los monumentos se estaban desmoronando sin remedio. Apasionada no quería darse cuenta de este detalle y seguía y seguía en sus ideas desmedidas, tratando de que las torres se edificasen por sí solas. Esta tarea grotesca de construir más de una pirámide a la vez dejaba a Atolondrada exhausta y ciega y sorda y muda de apreciar al constructor de turno de la torre, el cual ella consideraba la principal razón para que funcionase su torre.

Ella también creía en la idea de hacerse transparentemente genuina al constructor de turno. Una idea que se le estaba haciendo peligrosa, puesto que iba perdiendo más y más cartas de azar a causa de su poca visión. ¿Es que el secreto consista en mantener la personalidad a escondidas de los demás? “Pero yo no puedo mantener lo que pienso dentro de mí. Soy una emoción andante”, se decía Apasionada. ¡Y lo era!

—Si alguien me ayudase, ahora sí que haría bien mi construcción— decía Apasionada. Y ahí estaban las vitrinas del Museo-Palacio del Misterio de las Herramientas una vez más. Los escaparates del museo que presentaban unas construcciones que a veces se podían llamar —le costaba confesar— perfectas, la volvían loca de envidia. El ver las líneas de esas torres ajenas, perfiladas con amor, cariño y paciencia la hacían languidecer de suspiros y anhelos. Nunca se había preguntado el por qué deseaba lo que armaban otras personas, pero ahí estaba la evidencia, en sus sentimientos amargos que le dejaban la garganta seca y jadeante cada vez que miraba otras comunidades de naipes. Deseaba las construcciones de otros —¿y por qué no las tuyas?— y por esa razón destruía lo que armaba, como el tejido de Penélope que no terminaba jamás.

Hasta que llegó aquel verano... aquel verano en que construyó una verdadera pirámide, en que abrió los ojos por primera vez y aprendió la severa filosofía de Forastero, quien tanto le enseñó respecto a la vida y a la muerte en el gobierno del Palacio de los Misterios de las Herramientas. Aquel verano, en que Forastero le otorgó la esperanza de una bellísima torre, de la cual Apasionada estuvo consciente a través de cada naipe que colocaba, aunque lo hiciese disimuladamente. Cada carta de azar tenía un significado especial, puesto que denotaba para ella una sabiduría nueva, un darse cuenta de lo difícil que puede resultar una pirámide de base de acero, sólida. Una tarea difícil puesto que Forastero le repitió tantas y tantas veces que las cosas cuestan y son lentas,

que paso a paso se construye... “¿Es que no te das cuenta, Apasionada? Todo requiere paciencia y sabiduría. No seas tonta”. Y todo eso durante aquel verano... aquel verano que le cambió la vida y le mató la comunidad dirigida con tanta dificultad por Naípe Mayor.

¡Cómo era Apasionada antes de la intervención de Forastero y de aquel verano! Antes de esa época Apasionada acostumbraba mantener un monólogo letárgico que no reconocía un final adecuado y que la forzaba a perder horas escribiendo interminables listas de mejores o peores construcciones que ella fuese o no fuese capaz de construir. Estas listas resultaban absurdas, puesto que todas las cartas de azar corrían más riesgo de irse cuesta abajo, a los Infiernos del Palacio.

—Si alguien me ayudase, ahora sí que la torre funcionaría como debe ser— se repetía Apasionada.

—Si yo fuese capaz de combinar un poco de esta torre y otra torre para formar algo perfecto. Si se pudiese formar una amalgama. Si yo fuese capaz de...

Y recorría por las calles del Palacio del Misterio de las Herramientas sin una dirección fija, tratando de encontrar a alguna persona que la pudiese socorrer... sobre todo después de aquélla, su otra más reciente caída. Una vuelta del destino que la llevó a edificar una torre totalmente equivocada, con las herramientas erróneas. Una pirámide que nunca estuvo bien, puesto que había convertido a Apasionada en una Rea-Dueña dependiente y desamparada, con necesidad de que la entretuviesen a cada momento.

Después de esa última desventura, Forastero se apareció de repente, como caído del cielo del reino. Bueno, en realidad Apasionada ya lo conocía de antes, pero de otro modo. Ella lo había frecuentado durante una época de alegría y goce, en la cual ella había proyectado una imagen de una amiga desenvuelta, independiente, buena para flirtear, risueña, simpática, etc., como todas las cosas que Apasionada era capaz de ser cuando no existía el peligro de la construcción de una de sus torres. En esos tiempos ella todavía exhibía con orgullo aquella otra torre cuya catástrofe le causó tanto dolor en un futuro que no tardó mucho en llegar. Aquella había sido una gran caída, y Apasionada no se había dado tiempo a analizar la destrucción, puesto que se le había aparecido Forastero.

A ella le fascinaba escuchar las historias de este extranjero, y se entretenía con las aventuras de él... ¡y que las tenía! Cuando estaba con él, Apasionada no pensaba en pirámides de las cuales preocuparse, resultando todo tan libre y despreocupado que le daba una radiación diferente. Una radiación de independencia y seguridad y simpatía que había embrujado a Forastero. Apasionada se sentía arrollada por una ola de simpatía hacia el extranjero errante que le contaba anécdotas vividas a través de casi todo el globo del Palacio. Ella admiraba la calidez que Forastero transmitía a lo largo de sus encuentros con miembros de las diferentes comunidades de naipes.

El extranjero poseía una torrecita de marfil que era su tesoro máspreciado. A Apasionada le gustaba mirar las fotografías de aquella torre formada de manera tan divina, tan como él. Forastero parecía fuera de sí cuando

contemplaba aquella construcción tan bien hecha, tan bien detallada y esculpida. A Apasionada le causaba admiración la forma cómo él adoraba a su torrecita de marfil. En definitiva, aquellos primeros tiempos con Forastero significaron tanta libertad, tanta alegría hacia lo que hubiese hecho o hiciese Forastero que la idea de construir no se le había cruzado por la mente a Apasionada. Y era esta precisa memoria la que mantuvo la entereza de Apasionada después de aquel verano de destrucción...

Todavía recordaba el día en que se le había despedazado aquella otra construcción que tanta felicidad, sofocación, penas y alegrías le había causado. Sin saberlo, Forastero le causó unos momentos de extremada dicha, puesto que a los dos días de habersele destruido la otra torre que tanto ella quería, este hombre le había propuesto (con mucha desenvoltura):

—Me divierto mucho conversando contigo ¿Te gustaría que saliésemos a servirnos una pizza uno de estos días?— Apasionada, quien todavía retenía en su memoria los destrozos que había dejado la torre de naipes por el suelo de su comunidad, no registró en su mente la pregunta inmediatamente. Apasionada guardaba en la memoria la visión de sus naipes muertos, degollados y esparcidos por todas partes.

Con una mirada incrédula, puesto que le parecía como fuera de lugar, ella lo miró y le repitió parte de la misma pregunta:

—¿Pizza?

Bueno, ahí había empezado la cosa.

La comunidad de naipes de Apasionada se había sorprendido muchísimo por la rápida transición de Apasionada. Una sola propuesta por un poco de masa italiana y ya se veían amenazados de nuevo con la edificación de otra torre. Naipe Mayor se sentía un poco contrariado por la rapidez del cambio de Apasionada. Atolondrada no se había dado ni tiempo para empezar a recoger los pedazos de naipes que se hacían evidentes por todos lados. Además que la caída de la pirámide se le veía en sus ojos, en sus manos desangradas y marchitas por una construcción que había resultado vana y futil. De alguna manera Atolondrada se las había arreglado para no dejarse ver las manos dolorosas delante de Forastero. Una de las cosas que a Mayorcito le extrañaba era la poca perspicacia de Forastero al no darse cuenta de que Apasionada no estaba lista para comerse una pizza ni con un perro.

—¡Ay, mi Cuinita! Apasionada va a querer empezar a construir de nuevo, se le ve en los ojos. Le he pedido que se comunique con nosotros a través de una ráfaga de viento, pero no me ha hecho caso. No quiere escuchar esa atolondrada, no quiere entender. No me gusta ese extranjero, no le encuentro buenas manos para constructor, puesto que me han dicho los Informantes del Palacio que posee algunos naipes agoreros en su manga. Además que me he enterado a través de su propia comunidad de naipes que solamente ha logrado construir aquella torrecita de marfil. Y al contrario de Apasionada, Forastero ha rehusado el construir ninguna pirámide, así que no es que se le hayan venido cuesta abajo como a

nuestra Rea-Dueña. Eso lo encuentro muy sospechoso, mi Cuinita, por lo menos debería tener algunas ruinas de pirámides para que yo me sintiese seguro que Forastero es buen candidato para comer pizza con Apasionada, porque tú ya sabes cómo empieza a abusar de nosotros ella.

Había sido instantáneo. Apasionada se había resuelto a comer pizza con Forastero, aquél de las manos que no construían bien pirámides. Bueno, después de la pizza, ellos se habían pasado a Ríos y a una montaña muy alta por el Este del Palacio, la cual había producido como recuerdo una fotografía. ¡Y Apasionada ya pensando en la mejor pirámide del mundo! La fascinación de aquellos tiempos de libertad se convirtió en ciega adoración por parte de Atolondrada, y después en sumisión y cambio en su manera de ser, para llegar a ser otra Rea-Dueña de un pésimo constructor. El poder que Forastero ejercía sobre Apasionada era peligroso, pero no había nadie que pudiese hacer notar las garras con las que Forastero estaba empezando a controlar y a modelar a la Rea-Dueña.

Un grave detalle lo constituía el hecho que por esos días se había cortado la comunicación entre Apasionada y su comunidad de naipes. ¿Por qué había sucedido? ¿Por qué Mayorcito no previó lo que sucedió? Había ciertas indicaciones que apuntaban al adormecimiento de Naipe Mayor. El estaba un poco aletargado con todas las cosas que Apasionada estaba haciendo con Forastero, ya que no había día que Apasionada no parase de soplar sus sangrantes manos y de limpiárselas bien para empezar aquella torre de sus sueños, la verdadera, según ella. ¿Quizás fue que Naipe Mayor también creyó que su Rea-Dueña era capaz de construir?

—Forastero, ¿qué es esto? ¿construimos una pirámide?— A lo cual Forastero se volvía como loco y se erguía profundamente para empezar un discurso muy, pero muy serio acerca de la verdadera edificación de una torre:

—Apasionada, no seas tonta ¿qué dices? ¿una qué? ¿que qué? Por favor, ¿es que no sabes nada de lo que significa la construcción de algo duradero? ¿Es que no sabes los fundamentos? ¿Es que no lees? Todo tiene que tener una base muy sólida. Apasionada, tú no has sabido nunca construir nada porque siempre has querido llegar al último piso sin saber cómo se edifica una torre. Todo lleva su tiempo, todo requiere un cálculo preciso. Hazme el favor de no ser una tonta... no seas una tonta.

—Forastero, es que no te entiendo. Me dices que hay que empezar desde abajo, pero yo creo haberlo hecho siempre así.

—Apasionada, es que tienes que entender que todo tiene que hacerse lentamente, todo tiene que estar medido. Cada naípe que pongas en la torre tiene que ser una negociación entre tú y los naipes y el constructor que tú elijas para edificarla. Cada uno tiene que estar consciente de lo que hace. No puedes llegar y tomar determinaciones por ti misma, sin dar a conocer tus acciones al constructor o a tu comunidad de naipes.

—Forastero, pero, ¿cómo dices? ¿es que es posible comunicarse de esa manera? Te debo confesar que la última torre que construí se me destruyó como por encanto. Estaba un poco obsesionada con esa pirámide, creía que era algo que no se me iba a caer nunca. Además que el constructor, por supuesto que antes de la caída, me anunciaba constantemente que esa difunta torre era la cosa más sólida que se veía a una milla del reino. Constantemente me repetía lo mismo, te lo juro.

—No seas una tonta. A ese tipo de discurso no se le puede dar fe, puesto que no tiene una base sólida, es decir no es algo ni duradero, ni real, ni verdadero. Nada que resulte rápido es duradero, nada que sea fácil es real, nada que no duela es verdadero. La vida es dura y las cosas cuestan, pero es ahí cuando son genuinas, tangibles, reales. No seas una tonta, Apasionada. Aunque las fuerzas de los vientos del reino y las de tu corazón te den un mensaje específico no significa que éste sea verdadero. La edificación de una torre es algo muy duro, es algo que te tiene que hacer sufrir, es algo que poco a poco, a través de un quita y saca puedes al fin lograr formar. No le hagas caso a esas fuerzas románticas que desean ver todo color de rosa. Al contrario, no es verdadero aquello que no cuesta, aquello que no duele, aquello que no te amenaza con despedazarte los naipes en todas direcciones. Las pasiones se tienen que centralizar con la ayuda de las cartas de azar para que se logre algo. No seas una tonta, Apasionada. La vida es dura, la vida te hace jugadas, la vida es cruel, la vida te hace sufrir, pero al final logras la pirámide que siempre has deseado... no seas una tonta, Apasionada.

Por esa época y a través de los delgados hilos que separaban el corazón de Apasionada de su comunidad de naipes, Mayor prestaba atención al Forastero y por primera vez se estaba empezando a convencer de que estaba sucediendo algo diferente en la construcción de Apasionada. Ahí estaba el extranjero diciéndole cosas que nunca escuchó al otro constructor que ayudó a causar la última destrucción de una pirámide apasionadística. Naípe Mayor se empezó a convencer de los discursos de Forastero y por primera vez en su cargo de director, empezó a relajar las riendas de la comunidad. De

hecho, Naípe Mayor se dejó adormecer durante ese período y sus deseos de comunicarse con Apasionada se empezaron a debilitar. Empezó a creer las palabras de Forastero él mismo. Y por esta razón le decía a su Cuina en su cámara de reposo de la ráfaga infernal que provocaban las pasiones de Atolondrada:

—Cuinita, me parece que esta vez Apasionada actúa de buena manera. ¿Sabes que no la he visto poner más de unos naipes de manera disimulada, como si no lo quisiese hacer? Se los pone debajo de la manga, y los saca con los dedos índice y medio y empieza a formar una torre. ¿Qué te parece?

La Cuina miró a Naípe Mayor e indagó más información en esos ojos azules tan hermosos. Al mismo tiempo que pensaba en Apasionada, aquélla que mantenía a la Cuina rea de un tumulto de emociones y sabores, trataba de buscar en los ojos azules de Mayorcito una respuesta que la aliviase de tanta tensión. A ella qué le importaban las historias de Apasionada, qué le interesaba el porvenir de la comunidad de naipes. Su vida era Mayorcito, por él respiraba y lo amaba sin condiciones de ningún tipo. A causa de Naípe Mayor, ella había sacrificado muchas oportunidades de éxito en la comunidad, pero no le importaba, puesto que las ráfagas le habían dado la oportunidad de la felicidad.

—Mayorcito, no te preocupes tanto por Apasionada. Quizás ésta sea la oportunidad de su turbulenta vida. A todo el mundo le debería corresponder la hora de encontrar la felicidad. No nos preocupemos por un tiempo, vivamos la vida independientemente de Apasionada. Sí, sí, vivámosla sin pensar en ella, sin razonar en que le debemos la razón de ser, la razón de existir como comu-

nidad. Dime que sí, Mayorcito, por favor, por favor... Y Naipe Mayor se puso dos motas de algodón en los oídos y no supo más hasta que llegó aquel verano nefasto. Sí, sí, aquel verano que todavía duele, aquel verano en que Apasionada se deshizo de todas las cartas de azar que mantenía secretas por todas partes, bajo la mesa, arriba de la mesa, escondida entre las cortinas de la ventana lluviosa, bajo la manga, arriba de la manga, etc. Apasionada creyó que el mundo era de otra manera, que las cosas a su alrededor le sonreían y le auspiciaban un futuro pleno de torres, sí, completo, con torres gigantes y medianas y minúsculas y enanas y de marfil y de otras composiciones que se le escapaban al pensamiento. Aquel verano que se convirtió en una utopía de pirámides que flotaban a su alrededor, en el cual Apasionada flotaba todos los días, todas las tardes y todas las noches de esos cálidos días. ¿Cómo sucedió ese verano? ¿Cómo soñó esa pirámide ideal Apasionada? ¿Cómo se le entrelazaron los pensamientos para creer en pirámides y torres y estatuas y monumentos y edificios y tantas otras cosas? ¿Cómo pudo escribir aquellas cartas que le sacaron el alma a pedazos?

Forastero partió un día. Pero no fue un irse triste, puesto que le había dejado a Apasionada dos cosas: a Taladro y a Llave. Forastero la había llevado a la Central de Edificaciones de Pirámides y ahí le había abierto la puerta del palacio del Misterio de las Herramientas a Apasionada. De entre todas las cosas que le pertenecían en ese edificio, Forastero extrajo a Taladro, un instrumento que representó la clave que la llevaría a seguir construyendo. Significaba la herramienta que Apasionada más apreciaba, puesto que Forastero se la había dejado como por casualidad, pero al mismo tiempo,

como por familiaridad, cercanía, afecto, pensaba ella. Taladro la acompañaba las más de las veces en que Apasionada empezaba a deshacerse de todos sus naipes. Le indicaba con sus sonidos melódicos que todo andaba bien, que ella estaba bien guiada en sus edificaciones en el aire. Taladro se quedaba en las noches mirándola y sonriendo al pensar que Apasionada mostraba un viso de esperanza. Ella iba al estante donde se encontraba el amigo de Forastero y mantenía muchas conversaciones silenciosas con él:

—Mi Taladrito, ¿Cómo es Forastero en realidad? ¿Puede construir pirámides? ¿De verdad que puede?

Y Taladro la miraba y comenzaba a emitir sonidos melódicos y giraba rápidamente, como asintiendo.

Llave había sido una sorpresa muy grata para Apasionada. Llave había llegado muy temprano en la vida de la Rea-Dueña. Forastero, sin previo aviso, le había abierto la sangrante mano y le había depositado a Rosada Llave. Llave se había convertido en una aliada de Apasionada. Llave había sido una de las primeras que la había alentado a construir una pirámide alta. Apasionada sacaba a Rosada Llave de su cartera negra y la sobaba despacito por sus dedos, como acariciando el pelo de un gato que quisiese ser mimado. La miraba y le preguntaba:

—Mi Rosada Llavecita, dime una cosa. ¿Me puedes confesar algo acerca de Forastero? ¿Existe Forastero, mi Llavecita? Es que a veces me viene un vértigo y no sé qué hacer.

Durante todo este acontecer, Naipes Mayor y Cuina estaban todavía en el sueño aletargado de aquel trágico verano. No se dieron cuenta del agujero que procedía del palacio del Misterio de las Herramientas, en donde todos

Farewell

ME VOY. Es que me da tanta pena el irme, pero la vida se me presenta de manera que lo tengo que hacer. Dejo tantas cosas por aquí: todos mis sueños, mis anhelos, mis huellas inevitables por todo el vecindario, mis lágrimas que si las juntara todas, acumularía un mar bien salado. Tantas cosas que tengo que dejar, por la mierda... a mis amigos que tanto quiero, a la costumbre endiablada de ser como soy (que no me deja tranquila), a una rutina exquisita y despiadada a la vez que me ha marcado en todo este tiempo, a mi hermano que he llegado a conocer de nuevo, a viejos amigos que valoro como el oro, a nuevos amigos que deseo mantener, a mis miedos que me apoyan para triunfar en la vida, ¡a tantas cosas! Me voy con una sonrisa en la boca, puesto que he tocado a mucha gente con mi manera de ser. Ja, ja, no creo que haya muchas como yo, medio loca y tan, pero tan emocional, por la misma mierda. Ahora, cuando me vuelvo a mirar las huellas que he dejado, me dan ganas de revolcarme de la risa de las tantas veces que no sabía qué hacer conmigo misma (con lo que yo

soy), de las tantas veces que se me hacía tan pesada la existencia “por los problemas que me aquejan”, decía yo. Ya ni me acuerdo de todas las crisis que se me vinieron encima durante todos estos años de estudios. Hablando de estudios, debo confesar que encuentro muy peculiar que los amores de mi vida siempre se decidan a compliarme la existencia justo cuando yo tengo algún examen o algo por el estilo. ¡En hora buena! les digo a todos ustedes, mis adorados tormentos.

Ahora es el momento de despedirme de aquellos que han significado tanto para mí, estas personas que de alguna u otra manera me han marcado y por lo cual yo les seré devota para siempre. Aquí estoy escribiendo en un papel las rutas que tengo que seguir para este homenaje que les debo a todos mis buenos amigos. La ventaja que tengo sobre todos es que puedo controlar nuestra conversación, mientras que ustedes están obligados a escucharme y tratar de descifrar todas estas tonterías que se me meten en la cabeza. He trazado mi plan de acción, y he decidido que empezaré mi farewell con esta persona que conozco desde cuando recién vivía por estos lugares. Empiezo escribiendo su nombre en este cuaderno que he comprado específicamente para despedirme de todos: V-A-L-E-R-I-A. Creo que la voy a llamar por teléfono para que señalemos un día para encontrarnos, ¿dónde dejé el teléfono? anoche tuve una conversación larguísima con otro de ustedes, pero a ti te guardo otro puesto en este farewell tan personal, espera tu turno, ¿de acuerdo? Bueno, vuelvo a lo del teléfono... ¡Ah! ahí está. Tantas veces que he llamado a esta mujer y ahora lo hago con una intención tan seria, yo creo. No muchas veces se tiene la oportunidad de poder conversar con un amigo y decirle lo que ha significado en la vida de uno.

Valeria

—“Alo, Valeria. ¿Cómo estás? ¿Bien? me alegro. Oye, sabes que te quería hacer una pregunta, ¿tienes tiempo esta semana para poder juntarme contigo? ¿Dónde? Me gustaría mucho que fuera en tu casa, puesto que tienes la mejor vista de todo el vecindario. ¿El jueves a las 9:30 de la mañana? ¡Qué bien!”— Ahora todo lo que me falta hacer es esperar hasta el jueves.

.....

Bueno, hoy día ya es jueves y tengo la cita que considero tan importante con Valeria. He tratado de acordarme de todas las cosas que hemos compartido juntas y se me viene a la cabeza mis tempranos tiempos de crisis de amor, ¡parece que hubiera sido hace ya tantos años! Ni siquiera puedo recordar por quién eran mis suspiros de amor. Voy para su casa ¡Ring, ring! aquí está el acostumbrado timbre que le avisa a Valeria que hay gente en la puerta. Por la rejilla que tiene veo su casa de siempre y a sus gatas tan amorosas que se pasean a su alrededor.

—“Hola, Valeria. ¿Cómo estás?”— le empiezo a decir, mientras que ella me abre la rejilla espantamoscos.

—“Hola, Lorena. ¿Cómo estás?”— me responde mientras intercambiamos un beso en la mejilla. “Me dejaste medio intrigada con esta cuestión de no quererme decir por qué me querías ver hoy. ¿Qué te parece un cafecito?”

—“Sabía que no me iba a fallar el café,”— le respondo yo sonriéndole con picardía. “¿Cuántas tazas de café nos hemos tomado juntas Valeria?”

—“Unas cuantas,”— me responde con otra sonrisa. Le empiezo a dar el rutinario cariñito a sus gatitas tan monas. Estoy haciéndole caricias a una de ellas y la Valeria me llama a la cocina. “Ya voy,” le digo anticipando la rica taza de café que tendrá para mí.

—“¿Quieres azúcar?”— me pregunta la Valeria, “pero si tú sabes cuáles son mis gustos, mujer”, le digo.

Nos sentamos en las conocidas sillas de la cocina y entre sorbos de café le empiezo a contar de mi propósito de hoy día jueves.

—“Valeria, deseo hacer un farewell contigo. Tú sabes que me voy dentro de muy poco tiempo. Me gustaría que habláramos de nuestros momentos juntas”— concluí medio riendo. “Sé que son muchas las cosas que hemos compartido Valeria, pero ahora es el momento de volver a vivir algunas cosas que sobresalen”, prosigo con ardor.

Sigo sentada en esa silla de cocina, tomando un poco más de café. “Me acuerdo de la primera vez que vine a tu casa. Fue para la fiesta que le preparaste a Nicanor Parra. ¡Qué bella fue esa ocasión, especialmente porque tuvimos la oportunidad de conocer más a fondo a Parra. Y qué bien recitó las décimas de la Viola”.

La Valeria tomó un sorbo de su café, y con unos ojos de pícara, me replicó “¿Y te acuerdas de Pepercito?”. Las dos nos pusimos a reír como condenadas y yo, como justo había tragado un poco de café, me atraganté y el café se me empezó a salir por todas partes, hasta por las narices. “Pepercito estaba celoso de que

nadie le prestara atención a él, y por eso se subió a la falda de Parra para que le hiciera cariño, ¡qué gatito! Y Parra tan simpático, dejó que Pepercito se paseara por la falda de todos los que estaban en la tertulia”.

—“¡Ay!, Lorena, fue ya hace tantos años. Estuvo muy bonita esa noche”.

—“Y tú como siempre te luciste con tu comida. Ese día habías preparado merengues *a la chilena* y flan. Recuerdo haberme sentado en la mesa del comedor y no haber parado de comer en toda la noche”— Ahora que estoy hablando de comida me acuerdo de esa pobre niña que se había caído como del cielo en nuestro vecindario, aquella niña anoréxica, y se lo menciono a Valeria:

—“Todo esto de la comida me trae a la memoria esa pobre niña anoréxica que llegó de no sé dónde”— le digo a Valeria con un dejo de tristeza, puesto que su recuerdo me convence que este lugar, que estoy a punto de dejar, tiene la capacidad de atraer a gente muy sufrida, entre las que me incluyo hasta yo.

—“Cómo no me voy a acordar, mujer”— me dice la Valeria. Y después con su peculiar, *pobre cabra*, seguimos hablando de nosotras dos.

—“¿Te acuerdas cuando te llamé como a las doce de la noche para decirte que parecía que me iba a dar un ataque al corazón?”— le pregunté conteniendo las carcajadas. “Pero lo que más me gustó fue tu reacción, Valeria: “Vente para acá”, como si fuera lo más normal del mundo que a alguien se le ocurriera tener un infarto cardiaco de la nada. Ja, ja. ¡Qué historia aquella! ¡qué neurosis la mía!”

La Valeria se me quedó mirando y me dijo como si nada “es que en esa época te había agarrado la onda de tomarte ocho tazas de café al día, ¿cómo no te iba a dar palpitaciones al corazón?”

—“Tengo que haber supuesto que me iba a suceder, ¿no?” — Las dos nos reímos de las tonteras del pasado y seguimos tomando nuestro café y hablando de cosas del presente, arreglando el mundo y planeando un viaje a nuestro país de origen, “uno de estos días”. Es indudable que nos une ese país que está allá abajo, por el sur, sur, sur.

Vuelvo feliz a mi casa, puesto que he destapado una olla del pasado, hablando de cosas que fueron hermosas y que siempre quedarán en mi mente. Es bonito decidir que las cosas no mueren, sino que reviven cuando uno, a través de las palabras, las resucita. ¡Gracias Valeria por los episodios que compartimos juntas! Me preparo algo de comer y veo la agenda del farewell que me está mirando con sus hojas abiertas en la mesa de la cocina. Me detengo ante las hojas pálidas y veo anotado otro nombre: R-E-N-A-T-O Marchi, el italiano.

Renato

Este farewell se me hace muy difícil puesto que no me atrevo a llamar a esta persona. No sé cómo lo voy a hacer contigo, mi amigo Renato, pero la verdad es que tengo la ilusión de decirte tantas cosas y no puedo ni siquiera marcar tu número de teléfono. ¡Vamos! me digo, no te va a rechazar si lo llamas. Pero va a ser como aquella última vez que hablé con él y que me hizo sentir tan mal. Todavía estoy traumatizada con esta relación amorosa. No, no creo, quizás con todo este tiempo que ha

pasado se comportará de otra manera contigo, ¿qué crees? No, yo creo que a Renato nunca le importará un bledo. Lo que voy a hacer es imaginarme un encuentro con él, sí, eso voy a hacer, puesto que no me atrevo a llamarlo... ¡quién sabe! a lo mejor algún día lo voy a ver por ahí y voy a permitirme el lujo de darle un abrazo largo y tendido, puesto que siempre lo querré, pase lo que pase, aunque él me haya dejado por otra, todavía lo quiero. Todavía te quiero y te querré, mi italiano infiel. Con esto en la cabeza, me dirijo hacia el teléfono y marco tu número con la mano puesta en el ganchillo, puesto que no deseo que se produzca la comunicación.

—“Aló. Sí, tanto tiempo sin hablarnos, ¿no?” (me imagino, mi Renato traicionero, que así sería nuestra comunicación). “Sabes que me gustaría tanto poder tener una conversación contigo, puesto que me voy, ya ves. ¿Tienes tiempo? ¡qué bien! ¿cuándo? ¿el miércoles? ¡estupendo!”— Cuelgo el teléfono y me comienzo a preparar para esta cita tan importante para mí. Tengo que elegir algo que sea del gusto de Renato, puesto que quiero verme lo mejor posible ante él. Ja, ja, qué tonta soy, todavía me encuentro bajo su influencia.

.....

Lo de tonta no se me cura ni se me curará fácilmente. Hoy día es miércoles ya y he hecho un montón de estupideces en preparación de mi imaginario encuentro con Renato. Ayer fui rápidamente al centro a comprarme un par de pantalones que no tienen nada que ver con mi estilo, pero que me hacen ver como en mi época *renatesca*. Me miro al espejo y me da risa de la imagen que me devuelve el cristal, ya que me parece el de otra

persona, no la mía propia. Bueno, así fue nuestra relación, ¿no es cierto, mi Renato italiano? Me dejé llevar por los impulsos arrolladores del amor. No podía ver que no éramos el uno para el otro... no recuerdo ni siquiera lo que era que no funcionaba, pero yo, como tonta, me negaba a ver que no nos hacíamos felices, sino que desgraciados. Hace un día muy hermoso hoy, y voy caminando con una botella de vino tinto bajo el brazo, puesto que pensé sería bonito compartir un salud con el italiano. Me da tanta emoción acercarme a la calle donde vive él, ¡después de tanto tiempo! (La verdad es que menciono el detalle de la botella de vino tinto puesto que fue exactamente lo que llevaba cuando fui a su apartamento la primera vez). Finalmente llego a su edificio y busco su nombre, pero no lo encuentro. Ya no vives aquí, ¡qué pena! Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que te vi, ¿cómo podía esperar que todavía estuvieras en el barrio? Voy a tocar el timbre, de todas maneras. ¡Ring, ring! siento tu voz por el citófono:

—“¿Diga?” — imagino Renato tu curiosidad por un toque de timbre no esperado.

—“Hola, Renato. Esta es Lorena. ¿Puedo pasar unos minutos?”— digo yo por este comunicador tan impersonal.

—“¡Por supuesto! te deajo entrar.”— ¡Bzzzzz!

Empiezo a caminar por las familiares escaleras para el segundo piso. Es extraño, pero recuerdo hasta el olor del edificio. Se abre la puerta, te apareces (no te apareces, sólo lo imagino todo, mi Renato), y me ofreces una sonrisa. Me quedo en el umbral de la puerta un poco como atontada, ya que ha sido tanto tiempo el que no te he visto. Te acercas más a mí y me das un abrazo bien

largo. Entramos los dos en tu apartamento y lo primero que se me viene a la cabeza es el hecho de que aquí mismo nos hicimos el amor por la última vez. No sé en qué estoy pensando, puesto que te lo repito en alta voz:

—“El entrar aquí me recuerda la última vez que nos hicimos el amor, Renato” — Me arrepiento inmediatamente de lo que he dicho, pero como yo te he inventado en esta ocasión, no me vas a decir ninguna barbaridad y me responderás:

—“Sí, yo también lo recuerdo, Lorena. Pasa, siéntate. La verdad es que me alegro de que hayas decidido hablar conmigo, puesto que tenía ganas de verte yo también”.

—“¿De verdad?” — Estoy tan contenta de escuchar las palabras que me acaba de decir Renato, puesto que las he estado esperando desde hace tanto tiempo.

—“Bueno, no me porté muy bien contigo y te herí mucho al dejarte por otra. Estoy seguro de que quieres saber qué sucedió entre ella y yo. Te diré que nosotros ...” — Yo me acerco rápidamente a Renato para tapanle la boca con mi mano, y le digo:

—“No, no. No quiero saberlo. No es ésa la razón por la cual vine hoy día. Solamente quería decirte que me alegro de haberte conocido, puesto que me enseñaste algo muy importante, y es que la vida es dura, muy dura. Tienes toda la razón, Renato. Lo he aprendido a golpes, pero he sido una buena alumna y entiendo lo que me quisiste decir durante el tiempo que compartimos juntos” — Lo quedo mirando fíjamente por unos instantes y me doy cuenta de algo y se lo digo.

—“Mi Renato, cómo será de dura la vida que ya ni siquiera puedo sentir un átomo de todo ese amor que me inspiraste. Fuiste tan importante en mi vida...eras Dios,

te lo juro, eras Dios para mí. Todo lo que decías adquiriría un sentido capital para mí”— Me da mucha pena, y casi no puedo creer, todo lo que le estoy diciendo a Renato, y sin poder contenerme, me salta un sollozo desde la garganta. —“¡Ay! Renatito, ni siquiera puedo sentir lo de una vez. Mejor es que me vaya, ¿sabes? puesto que sé que las emociones te hacen sentir incómodo”— Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla y le digo que no se pare del asiento. —“Gracias por haberme dado tu precioso tiempo, Renatito. Nunca pensé decir lo que te estoy diciendo, pero ya no siento absolutamente nada de ese amor enloquecedor que sentí por ti. Eso sí, si alguna vez te veo de verdad (y no en mi imaginación), quiero que te acerques a mí y me des un gran abrazo, puesto que no te odio, al contrario, te quiero y siempre, pero siempre, te querré”.

El se acerca a mí y deja escapar unas lágrimas y me abraza y me besa, después abre la puerta de su apartamento y me deja salir. Lo miro por última vez y doy vuelta la espalda, para nunca más volver a verlo. Bajo las escalas y salgo a la calle de nuevo. Hay un sol hermoso de primavera, y hay mucha gente por la calle. Estoy muy contenta con este encuentro (o lo que haya sido), puesto que me doy cuenta de que todo cambia en la vida, inclusive mis sentimientos hacia Renato, mi italiano infiel. Le guardo un gran cariño, de verdad. Pienso en mi agenda de farewell y trato de pensar en la próxima persona que me espera.

La noche de mi encuentro con Renato logré dormir en mi propia cama, lo cual es un milagro para mí. Tengo que explicar que cuando se me complican las cosas en mi humilde existencia, no puedo, sencillamente no logro

dormir en mi cama ... ¡qué tonta! Todavía puedo sentir el contacto con mi italiano infiel, me he grabado cada una de sus facciones, cada una de sus imperfecciones, las cuales echo tanto de menos. ¡Cómo quisiera que te contactaras conmigo, mi amigo! No sé como comunicarte que lo único que deseo es ser tu amiga, nada más. Después de todo, ¿es que la vida es tan miserable que uno conoce a las personas para que después se desaparezcan como si nada? ¡No puede ser!

Al otro día me di un baño de espuma que necesitaba tremendamente. Dadas todas mis exageraciones, no pude conciliar el sueño y me pasé toda la noche imaginando otro tipo de encuentro con Renato, pero al final (y cuando ya había amanecido), me convencí de que la historia que había creado al principio fue la mejor de todas. Claro que ahora de nuevo me están entrando las dudas, pero no voy a cambiar la historia, porque o si no, nunca la terminaré de contar. Bueno, como decía, me di un baño de espuma muy relajador ese día, aproveché de leer el diario, leer un poco de un libro que me interesa, pensar, cantar y casi dormir. Cuando ya estaba dándome cabezazos de sueño en la tina, decidí de que era hora de terminar el baño y me paré con mucho letargo para agarrar una toalla y secarme.

¡Nota de última hora! He tenido que volver a escribir algunas líneas sobre mi italiano infiel puesto que lo he visto hoy. Lo vi de la manera más increíble: yo iba caminando por la calle y sentí que paró un auto cerca mío, ¡era él! Cruzamos unas cuantas palabras y después se fue, así como así. Ahí se terminó toda la historia que tuvimos, en un saludo cordial pero frío a la vez. Seguramente que crearás, mi querido Renato, que un

saludo afectuoso hará que yo sea más feliz. La verdad es que me siento igual que antes, con los mismos problemas de siempre y con la evidencia que todo cambia en esta vida, puesto que hoy día nos saludamos como extraños, y el año pasado, en este mismo día, seguramente nos hacíamos el amor. Bueno, todo lo que he logrado con este encuentro fortuito es que no voy a poder dormir en mi cama esta noche. Por alguna razón, cada vez que me paralizó por algo, no logro conciliar el sueño en mi cama, así que tengo que resignarme a poner un colchón extra que tengo en el living de mi apartamento, ¡qué estúpida!

Una vez más tengo que disculparme por las contradicciones que estoy metiendo en mi encuentro con Renato. La verdad es que la razón por la cual interrumpo la narración es porque he decidido que todo lo que escribí antes no refleja mucho la realidad de mi relación con mi italiano preferido. Ahora somos amigos de verdad, y ya no siento lo que una vez sentí por él. Casi siento nostalgia de ese loco amor que me persiguió por tanto tiempo y que parecía que nunca me fuera a abandonar. Lamentablemente, un día desperté (por supuesto que no en mi cama, sino en el colchón del living), y supe que ya no te quería, mi italiano.

Bueno, tengo que volver una vez más a escribir otras líneas, puesto que las que fabriqué antes no se asemejaban al estado de ánimo en que este individuo me sumerge. Sí, *sumergir* es la palabra que debo utilizar, ya que por más que he tratado de inventar una buena historia con respecto al mentado *Renato*, no me gustan los resultados. Está bien, confieso que no es italiano, y que las circunstancias de nuestro encuentro no son

como las he descrito (me doy cuenta de que voy poco a poco perdiendo la credibilidad de mis oyentes). Siento una obsesión tremenda de tratar de entender a un individuo sin corazón, no se me puede meter en la cabeza que existan personas como este hombre, frías, calculadoras, alejadas de toda humanidad. ¡Qué tragedia fue el haberte conocido, persona sin territorio, individuo enajenado de todo lo que significa sentimiento!

Alejandro

Otro día y otro encuentro. El recuerdo de Alejandro es diferente de aquél de mi italiano infiel. La verdad es que debería dejar este farewell para más tarde puesto que lo que siento por ti es real, o por lo menos, así yo lo siento. Eres mi amigo del alma, una persona en quien tanto confío. Tú me has rechazado una y otra vez, pero a la vez me buscas como amigo. He decidido que no voy a cuestionar más los sentimientos que tienes hacia mí, y voy a disfrutar de tu compañía, mi Alejandrino. Este farewell es extraño, puesto que tú y yo no nos conocemos desde hace mucho tiempo. Nos conocimos ese día en que la Valeria y otro amigo mutuo decidieron ir a ver una obra de teatro, ¡menos mal que se te ocurrió ir a ti, también! De otra manera, no habría tenido el orgullo de llamarme tu amiga.

Has estado a mi lado en los momentos negros de mi vida, en oportunidades claves en que necesitaba tirar salvavidas para todas partes. Sé que esta estación de mi vida no se repetirá y estas amarguras por las cuales he pasado serán parte de un pasado que tendré el gusto de

haber dejado. Lamentablemente, este pasado que deseo con tantas ansias que llegue es todavía un presente que me agobia y me hace enfrentar la vida de manera doliente. Tú, amigo, tú eres la causa de que todo esté en orden en mi cabeza. Sí, sí... yo sé que a ti no te gusta tomar responsabilidad por mí, pero ésta es la manera como me siento respecto a ti, y eso no me lo puede quitar nadie, nadie. Cuando esto sea pasado y mi futuro sea presente, reeleré estas líneas que he escrito y te agradeceré con todo mi corazón por haberme procurado paz en este mar de tragedias que tuve que vivir. Debes recordar, mi Alejandro, que yo empiezo una amistad y no sé lo que significa el terminarla.

.....

Se me han agotado los pies dando farewells a los que me importa mantener en mi corazón... ¡Era italiano, después de todo. Y todavía lo quiero!

.....

Aquí está el testimonio de algo que no podía dejar de escribir. Mis años de estudio fueron años de pasión y de temor y de dolor y de alegría y de... ¡qué se yo de qué otras cosas! Pero lo importante de todo este tributo es agradecerle a todos ustedes que estuvieron junto a mí y apreciaron mi amistad. Yo, a ustedes los llevaré siempre en mi corazón, y les pido perdón por las exigencias que les ponía, pero yo estaré siempre a su lado en espíritu y físicamente, si puedo. Y para finalizar, todos ustedes han de saber que, como al niño que se le aleja la madre por algunos segundos, los ojos se me llenan de lágrimas y me siento perdida, sin el apoyo de su regazo. Les doy el más sentido *FAREWELL*.